

**A modo de introducción.  
Desde las palabras**

Giuseppina Grammatico  
Universidad Metropolitana  
de Ciencias de la Educación  
Chile

**B**ienvenidos todos a este nuevo Encuentro Internacional de Estudios Clásicos. Quisiera abrir este acto inaugural volviendo a plantear, ahora también a todos los que nos acompañan, la pregunta que formulé hace más de un año a los colegas de Chile y del mundo al convocarlos una vez más en esta nuestra Casa de Estudios pidiéndoles repensar el enigma del hombre. No soy la Esfinge, y nada tienen que temer si no han logrado descifrarlo. Espero, sin embargo, que en estos meses todos hayamos extremado nuestros esfuerzos para intentar comprender un poco más de aquello que solemos llamar «el ser de lo humano». No estoy segura de que lo hayamos hecho con el éxito deseado, pues la meta era muy alta, y sin duda el solo intento de alcanzarla era de por sí arduo. Por mi parte, confieso que, tras cuatro seminarios semestrales que he titulado «Meditación sobre lo humano», me asalta legítima la duda de que quizás apenas estoy poniéndome en camino. Como sugiere el siempre visionario y desconcertante filósofo de Efeso<sup>1</sup>, lo único atinado parece ser esperar encontrarse, con los ojos cerrados, en el reino de *Euphrone*, la Muerte, para él el único espacio en el cual es posible, y no temerario, desplegar en plenitud aquella potencia intelectual que podría conducirnos a la insondable Verdad. Mientras tanto, en la espera de ese fausto o infausto acontecer, según como se le mire, pondremos en común nuestras reflexiones, aunando esfuerzos y pidiendo venia si hemos quedado lejos del propósito que las ha inspirado. Tirando las sumas, podríamos decir que la decenal meditación sobre lo más propio del hombre, propuesta por nuestros Encuentros, tiene un trazado anular que comienza y termina precisamente con lo humano. En el lejano

<sup>1</sup> Fr.26DK: ἄνθρωπος ἐν εὐφρόνῃ φάος ἄπεται ἑαυτῷ ἀποσβεσθεὶς ὄψεις...

1989, en efecto, la *humanitas*, junto con la *paideia*, fue nuestra primera preocupación. Ella nos señaló varias «pistas de lanzamiento y de abordaje», y nos regaló además con la presencia de estudiosos que la encarnaban en plenitud en su propia persona. Nunca olvidaremos ese primer Encuentro que, entre otras cosas, vio nacer a nuestra Sociedad Chilena de Estudios Clásicos, en medio de un entusiasmo del cual da fe la alocución del entonces Rector de nuestra Institución y fundador del Centro, el gran humanista Héctor Herrera Cajas, cuyo recuerdo siempre nos acompaña, y que estaría muy contento de encontrarse hoy aquí con nosotros.

Luego, en los años siguientes, nos abocamos a las cualidades y propiedades humanas que consideramos más sobresalientes.

Fue así como en 1990 nos adentramos en el tema del ver y del oír, que nos descubrió a nosotros mismos como seres privilegiados, dotados de un modo muy especial de visión y audición, acendrado y concentrado dentro y detrás de las imágenes y los sonidos que se ofrecen a nuestros sentidos. Ver -decíamos entonces- es asistir al acto creativo originario del cual las cosas que de él surgen son testigos; y oír es alargar el oído hasta tocar, de alguna manera, las cosas mismas que suscitan esa vibración que nos deleita o asombra; la órbita de nuestros ojos y el pabellón de nuestros oídos son, pues, como pequeños templos, receptáculos de luz y armonía.

En 1992 intentamos escudriñarnos más a fondo, y nos descubrimos como inquietos caminantes, en continua búsqueda, siempre cuestionándonos a nosotros mismos, siempre planteándonos preguntas que exigen respuestas, siempre listos para emprender la marcha -como decíamos- «del negro dintel de la tiniebla, hasta el linde de Zeus resplandeciente» todo por descubrir; hazaña que da vértigo, angustia y exaltación, ligereza y gravedad, por mor de eso maravilloso y desbordante que está allí, en el horizonte, y nos espera.

En 1994 nos volcamos a la reflexión sobre el hombre en cuanto ser «sentiente y pensante». Vimos cohabitar en el sentir aquello que atañe a lo sensible y aquello que atañe a lo suprasensible, sin que esa convivencia suscite conflictos; y advertimos en la intensidad del pensar «la agitación y casi el brinco del alma» que se vuelve hacia el objeto que le es connatural. Nos quedó dentro la certeza de que lo sentiente y lo pensante, en nosotros, se exigen uno al otro, y que no podemos engastarlos en espacios separados sin correr el riesgo de dimidiar al hombre, que es, al mismo tiempo, sujeto de ambos.

En 1996 analizamos las dimensiones del querer, del poder y del deber. También allí se nos develó una complicada urdimbre de impulsos sensitivos e intelectivos, disparándose unos, desordenadamente, hacia múltiples direcciones; intentando otros, oportunamente, dirigirlos con riendas firmes sin apagar la llama que los enciende. Convenimos en la necesidad de mantener en línea las tres fuerzas, encauzándolas hacia una única meta.

En 1998 nos dedicamos a explorar la profundidad e interactividad del callar, del decir y del hacer. Vimos cómo del silencio, «cosa en sí sacra y misteriosa», cuando está henchido de santidad y preñado de potencia, surge con fuerza impactante la palabra que dice el ser de «lo siente»; y cómo ese decir, que retrata la cosa en su ser, exige su contraparte tangible, el hacer, que confluye en la obra que la corona, poniéndola en la luz para mostrar la porción de existencia que late en sus adentros.

Y ha llegado finalmente este año 2000, el de los tres ceros, con sus promesas y sus lisonjas; y sentimos que estamos llamados a recomponer la figura del hombre que es sede de todas las facultades, cualidades y dimensiones que hemos indagado hasta ahora -y de otras más-, que nos configuran cada una en el modo que le es propio. Preguntarnos por el hombre, todo el hombre, se nos presenta como una tarea imperiosa y urgente. El futuro, en efecto, se abalanza sobre nosotros, colmado de promesas pero también de amenazas. Las generaciones jóvenes miran a él deslumbradas, pero algo inseguras a pesar de su natural jactancia. El pasado es, para muchos de sus integrantes, un lastre del cual es menester desembarazarse y olvidarse, para entregarse de lleno a la experiencia de la *vita nova*. Brilla ante sus ojos ese mundo soñado, del cual creen y quieren ser los únicos arquitectos y constructores, y ese hombre nuevo cuyo advenimiento, en épocas de transición, parece imponerse con carácter de urgencia. Pero el hombre nuevo sólo puede edificarse sobre el corazón del antiguo.

Es necesario, pues, conocer a ese hombre de antaño, liberarlo de tantas escorias que opacan el brillo de lo que fue verdaderamente suyo, y dejarlo listo para servir de cimiento. Quienes pertenecemos a las generaciones antiguas, y hemos debido enfrentar, en el siglo que nos abandona, mutaciones tan radicales y acontecimientos tan estremecedores, tenemos el deber de entregar ahora a los jóvenes, tras un ejercicio de rememoración profunda y apelando a la severidad y agudeza de nuestro juicio crítico, lo que sabemos sustantivo y esencial: aquello sin lo cual el hombre ya no podría llevar ese nombre. De aquí la obligatoriedad de dar respuesta a la pregunta que nos formulamos al comienzo: «¿Qué es el hombre?»

En la primera especulación helénica, el hombre es considerado partícipe de un destino divino<sup>2</sup>. Ser hombre es, a la vez, un don y una conquista. Es común encontrar en los textos antiguos el dicho: «Es necesario que te hagas hombre»<sup>3</sup>. El término ἄνθρωπος identificó al comienzo al ser humano, tanto masculino, como femenino. Para distinguir uno del otro, era suficiente fijarse en el artículo que lo precedía. Ἄνθρωπος designa al hombre como especie, y comprende un núcleo sustantivo (νδρ ο νθρ), que

<sup>2</sup> ὁ ἄνθρωπος θείας μέτεσχε μοίρας. Platón, *Protagoras* 322a.

<sup>3</sup> ἄνδρα γίνεσθαι σε χρή. Eurípides, *Helena* 693.

conlleva el significado principal, y un segundo término (-*okwo*), que expresa la idea de ‘rostro’ o ‘aspecto’<sup>4</sup>. Dentro de aquel que hemos llamado «núcleo sustantivo», los sonidos principales son *n* y *r*, ambos presentes en los antiguos términos indoeuropeos que significan «hombre» -*nero*, por ejemplo-, y que encierran además la idea de fuerza, tanto física como moral. Es posible, pues, que los hombres hayan sido definidos originariamente como «seres del rostro de hombre, dotados de fuerza». Lo humano, de todos modos, parece contener cierta ambigua afinidad-oposición, por un lado, con lo divino (ἄνθρωπειον *versus* θεῖον) que lo desborda infinitamente; por otro, a lo femenino (ἄνθρωπειον *versus* γυναικίον) percibido como débil, de algún modo, pasivo, y sin embargo complementario; y por último a lo animal (ἄνθρωπειον *versus* θηριῶδες) entendido como atributo propio de los seres inferiores.

El otro término que identifica al hombre es ἀνήρ, que posee la misma raíz (ἀ intensiva + νδρ o νθρ – de ἄνθρωπος), e indica al hombre como poseedor de virilidad, como ser fuerte y valiente; o como marido, en oposición a la mujer. En Heródoto encontramos una frase que nos permite comprender la diferencia entre los dos tipos de hombres que los términos retratan: πολλοὶ μὲν ἄνθρωποι, ὀλίγοι δὲ ἄνδρες -dice nuestro historiador- «muchos son los hombres comunes y corrientes, pocos aquellos que son verdaderamente dignos de ese nombre»<sup>5</sup>.

Un término más antiguo, homérico, usado siempre en plural, μέρορες, probablemente acuñado a partir de μέρος, ‘parte’, y ὄψ, ‘voz’, u ὤψ, ‘mirada’, parece definir a los hombres como «seres a quienes fue asignado en suerte el don de ver y oír» mediante los sentidos de la vista y el oído, ejercidos a través de los órganos transmisores, ojos y oídos, que iluminan su rostro.

Por otra parte, φῶτες, otra palabra homérica usada, ella también, en plural, aunque su análisis filológico lo excluya, remite inevitablemente, por asonancia, a φῶς, ‘luz’, estableciendo, quizás sin quererlo, una relación entre el ojo que ve y aquello que, al disipar la obscuridad, le permite distinguir los contornos de lo visto.

A diferencia de lo que acontece en la lengua griega, en la latina las raíces de los dos términos que identifican al hombre, *homo* y *uir*, son distintas. La primera remite a antiguos nombres cuya raíz<sup>6</sup> se encuentra en varios términos que significan ‘tierra’, y en los correspondientes adjetivos o adverbios que significan ‘bajo’ o ‘abajo’. La segunda reconduce al indo-

<sup>4</sup> La misma está presente también en la glosa δρωψ de Hesiquio.

<sup>5</sup> 7,210. La frase tiene eco en la expresión ciceroniana (*Tusculanas* 2,53): *et tulit dolorem ut uir et ut homo maiorem...ferre*

*noluit*, «soportó el dolor como un héroe, y como hombre que es no quiso soportar uno mayor».

<sup>6</sup> Se trata de la raíz *km* de χαμαί, ‘abajo’, presente en el védico, el avéstico, el tokario.

uropeo *wiro* -que designa al hombre como tal-, y al osco *niir*, 'el primero', 'el principal', que identifica al valiente, al héroe, al varón dotado de potencia sexual, y por ende al marido; y está en oposición a la mujer o al niño, que, en cuanto tales, están desprovistos de estas cualidades. De esa misma raíz surge la palabra *uirtus*, que originariamente significó 'fortaleza', 'coraje', y luego 'virtud'. A pesar del origen diverso del término *uis*, 'fuerza' -una fuerza vista en el despliegue de la acción con ella congruente, ejercida en contra de alguien otro, y que, por ende, se trueca en 'violencia'-, los antiguos remitían *uir* a *uis*. Aparece así el ser humano como oscilando entre la virtud y la violencia, conforme a su capacidad o incapacidad de controlar y encauzar esa fuerza vital que lo caracteriza como hombre.

Hasta aquí las palabras antiguas, con su densa carga semántica que aflora con fuerza en tantos textos venerables y que aún nos interpela tras casi tres milenios de historia. ¿Qué somos? ¿Qué no somos? En qué consiste este nuestro inasible ser? Con su célebre «Seres de un día...; sueño de una sombra es el hombre, mas si un rayo de la luz divina lo alcanza, entonces un resplandor sublime lo ilumina, y acompaña su vida una dulce felicidad»<sup>7</sup>, Píndaro nos ha dado una definición sugestiva que combina armoniosamente nuestra debilidad y nuestra fortaleza. Habrá que preguntarse si esa definición es aún válida para nosotros. En el tiempo de Píndaro otros peligros acechaban al hombre, quizás no tan graves como los que en nuestro tiempo amenazan desconstruir su imagen tornándola irreconocible; pero, al igual que nosotros hoy, el poeta no se sentía cómodo en su entorno, y optó por volverse hacia atrás, desdeñando la censura de sus coterráneos. Lo sedujo la arcaica vinculación de lo humano con lo divino, que había iluminado al hombre desde los albores de la Hélade, pues le permitía explicarse esa inconformidad suya con el opaco despliegue de una vida irremediamente destinada a la muerte. Semejante elección comportaba salirse de tan estrechas fronteras e incursionar en espacios de más amplios horizontes. No sé si éste es, también para nosotros hoy, el camino más apropiado; creo que puede serlo, en cuanto retornar a los orígenes es siempre una posibilidad única de retemplar el espíritu y volver a contactarse con la fuerza originaria, manantial del que surgió la plenitud del ser, adensándose luego en una multitud de formas y figuras partícipes de la inefable majestad de lo sagrado. Parece ser, por lo demás, una posibilidad única de reconquistar, en la benéfica reinmersión en la ἀρχή primigenia, esa virginidad del espíritu que, al ser garantía absoluta de fe-

<sup>7</sup> *Pítica* VIII, vv.95-97: ἐπάμεροι, τί δέ τις, τί δ' οὐ τις, σκιᾶς ὄναρ ἀνθρώπου. ἀλλ' ὅταν αἴγλα δίοσδοτος ἔλθῃ,

λαμπρὸν φέγγος ἔπεστιν ἀνδρῶν καὶ μελίχρος αἰὼν.

cundidad, podría constituirse en nuestra última tabla de salvación. Intuyo, sin embargo, que ese movimiento hacia atrás sería insuficiente para nosotros, si no contemplara e incluyera otro movimiento, esta vez en dirección opuesta, hacia un mañana que avanza a grandes pasos con una carga de imprevisibilidad que sobrecoge. Nuestro presente, en efecto, en el instante mismo en que tomamos conciencia de estar viviéndolo, trasiega la carga que conlleva hacia el futuro, un futuro mutable, a la vez maravilloso y terrible (τὸ δεινόν), que estamos siempre menos seguros de poder dirigir con mano firme y mente lúcida, y cuyos códigos y cánones quizás no tengamos el tiempo de fijar debido a la rapidez con que se desliza sobre nosotros amenazando arrollarnos ante su vórtigo. Realizar la conjunción de esos dos movimientos, cosa no fácil desde luego, es una tarea de la cual no podemos eximirnos.

El movimiento hacia el pasado nos invita a mirar el mundo, y al hombre dentro de él, como si lo viéramos por primera vez. El hombre antiguo no conoce la indiferencia ni la desesperanza. Mira y admira; se mira y se admira. La belleza del universo y de su propia persona lo sobrecoge. Su sublimidad lo maravilla y lo aterra. Se siente llamado a comprender e interpretar su entorno, y a crear para él una forma acorde con el modo en que él mismo lo comprende e interpreta. Fuerzas numinosas lo urgen por todos lados, arriba y abajo, dentro y fuera de él; y le señalan un orden en que todo se mueve, al mismo tiempo, libre y necesariamente. Puede hacer caso omiso de estas señales, pero ellas, de todos modos, terminarán dirigiendo sus actos, porque no le son ajenas. Ese orden, que es en sí sacro, configura una suerte de gigantesco molde que él no puede no tener como modelo para los moldes pequeñitos, a su medida, que darán cuerpo a sus proyectos. Le cuesta, en ciertos casos, ajustarse a él, sobre todo cuando el fervor lo enciende y ofusca su prudencia haciéndolo caer en la desmesura, pero termina por aprender a aceptar los límites que lo instalan en lo humano, y a entender que son precisamente ellos los que lo definen y otorgan concreción y claridad a su perfil de hombre.

Le vemos así moverse con soltura en todos sus universos: el mítico, en que se hallan sus arquetipos ideales encarnados en figuras heroicas, monstruosas o divinas, paradigmas del bien que debe seguir y del mal que debe rechazar; el religioso, en que se abre a la comunión con lo divino que colma de sí todo lo que lo rodea y aflora en él desde el insondable abismo de su ser; el cósmico, del que se siente parte integrante en tanto que trata de descifrar su clave secreta; el político, en que se involucra en la tarea de acuñar normas que rijan su vivir en comunidad; el lingüístico y musical, en que se esmera en doblegar letras y sonidos constriñéndolos dentro esquemas precisos, persiguiendo un sueño inefable de ritmo y armonía; el poético, en que participa en la tarea de crear en la Belleza, adherir a la Verdad,

honrar a las Potencias que lo desbordan, cultivar el Bien y respetar aquellos valores que él mismo ha fijado como puntales que le permiten sostenerse en el camino. Y del mismo modo, en todos sus universos posibles.

Gracias a esta estrecha vinculación con sus raíces, asentado firmemente en el hoy, capaz de discernir el bien del mal y lo esencial de lo superfluo, dispuesto a defender lo suyo ante cualquier amenaza, sólo apegado a aquellas cosas que no están sujetas al desgaste del tiempo, puede y debe iniciar su camino hacia el mañana. El mundo soñado se abre ante sus ojos, todo por construir. Están a su alcance múltiples instrumentos, unos más adecuados, otros menos; pero ninguno actúa por sí solo, y cuanto más sofisticados y precisos, tanto más fuerte es el compromiso que exigen por parte de quien los emplea. El hombre está orgulloso de ellos y no se cansa de perfeccionarlos. Y, en verdad, las máquinas son una maravilla, pero necesitan del corazón y de la mente del hombre que las utiliza. Dejadas a sí mismas, pronto serán sus verdugos. Tendrá que mantener, pues, su liderazgo respecto de ellas, y no esperar que le den más de lo que pueden darle. ¡Diseñe con perspicacia y buen juicio su proyecto de mundo, y no deje nada al azar! La historia está allí para mostrarle los aciertos y los errores de cuantos le precedieron en el camino. ¡Haga tesoro de sus enseñanzas! ¡No esté dispuesto a transar con sus valores, una vez adquirida la certeza de que son los verdaderos! Si ha de renunciar a conseguir dividendos para defenderlos, ¡no lo dude un solo instante! Sin valores su mundo será un caos y no le quedará sino naufragar en él. ¡Tenga presente que le corresponde insuflar en el futuro su dimensión espiritual, la única que lo separa de las bestias, y los preceptos éticos que puedan dirimir la convivencia en la nueva comunidad! Sin ello su proyecto no podrá sino malograrse, y su sueño morirá antes de que haya logrado darle forma y vida.

Nada de todo esto es posible si no se une la audacia a la prudencia; si no se mira al hombre nuevo no desde su fragmentariedad sino desde lo que en él es perenne; si no se le parcela sino se lo abarca en su totalidad; si se discrimina lo masculino y lo femenino, lo juvenil y lo senil, y no se respeta a cada uno en sus diferencias; si se exaltan los derechos y no se tienen en cuenta los deberes. Todo esto no quiere ser un simple recuento de lo que debe y lo que no debe hacerse para que ese mundo soñado sea un mundo a la medida del hombre. Las recetas pueden ser múltiples y cada uno podrá seguir la propia. Una cosa sola es necesaria para que el habitante de este nuevo universo sea un ser ardiente y creativo, solidario y respetuoso, sano y sereno: el amor. La vida, para el hombre, siempre ha sido y siempre será un «hacer sacro»; sólo el amor podrá esclarecer la tiniebla de su profanidad.